

después con el sobrenombre de el *Temerario*, hubo graves desórdenes, detenidos en su fuga madre é hijo, y sus servidores encarcelados. Cuando Felipe logró entrar en Brujas, por medio de negociaciones y amenazas, se desbordó la insurrección, viéndose desconocida su autoridad y su persona en gravísimo riesgo. Huyó, sin embargo, de la ciudad. Más tarde la puso cerco, y después de un asedio en el cual perecieron de hambre y de peste 20.000 personas, hubo de rendirse. También sufrió Brujas otros perjuicios, pues tuvo que pagar una enorme contribución al duque y perdió de hecho sus franquicias municipales, quedando en esto como en todo á merced del vencedor. Entonces comenzaron los Flamencos á darse cuenta, de que su bienestar y su comercio estaban siempre en peligro de perderse por las intrigas de sus príncipes.

En 1448, Felipe que no se había mezclado por algún tiempo en contiendas civiles y militares, intentó establecer nuevos impuestos sobre la sal, sin consentimiento de los Estados. Gante tomó las armas en defensa de sus libertades. La lucha duró cuatro años; pero al cabo de ellos fué vencida, abrumada de una contribución, y despojada de la mayor parte de sus franquicias, aquella noble y esclarecida ciudad, baluarte por largo tiempo de las libertades flamencas. Muestran los hechos citados, que, cuando los Países Bajos estuvieron unidos bajo el poder de un soberano, las libertades alcanzadas anteriormente, peligraron ó se perdieron. Conviene añadir, que mientras esto sucedía á las clases populares, el duque de Borgoña con el objeto de formar á su alrededor un partido fuerte y numeroso de nobles, instituyó la insigne orden del *Toisón de Oro*.

## IV

## CARLOS EL TEMERARIO

Felipe, injustamente llamado el *Bueno*, murió en 1467, sucediéndole su hijo Carlos, á quien cuadraba el sobrenombre de *Temerario*, con que le designa la historia. Carlos completó la obra de destruir las libertades de los Países Bajos; pero haciendo de un modo arbitrario lo que su padre ejecutaba con habilidad. Felipe fué el árbitro entre Francia é Inglaterra. Su alianza casi aseguró la conquista de Francia á los Franceses. Procede decir, no obstante, que hubo de causar tantos daños á Francia, que el francés ni le amaba, ni creía; y tantos beneficios que con dificultad podían ser pagados. En los últimos años de su vida, dió asilo al delfin, rey después con el nombre de Luis XI, á quien apartaba de su padre desconfianza profunda. Luis XI, cuando estuvo en el trono de Francia en 1461, burló con astucia á su violento amigo Carlos, ya duque de Borgoña, desbaratando todos sus proyectos, empujándole á la ruina, y apropiándose al fin las provincias francesas de su hija única y heredera.

El principal objeto de Carlos fué apoderarse de una porción de territorio comprendido entre el Océa-

no Germánico y el Mediterráneo. A este objeto se dedicó con una tenacidad, como jamás mostró en otros proyectos. Pero sus dominios estaban bajo la influencia de dos soberanos. El emperador de Alemania tenía derechos nominales á los Países Bajos, y conforme á la ley de Europa de aquellos tiempos, y aun bastante después, era el único hacedor de nuevos reyes. Acaso hubiera podido conseguirlo negociando el asunto con Federico III el *Perezoso*, quien gobernó el Imperio germánico más de medio siglo; pero él no quiso ceder su hija al hijo del emperador, y cuyo matrimonio no se verificó hasta la muerte de Carlos.

Otro enemigo de aquel proyecto, fué Luis el *Astuto*. Durante tres siglos, los reyes franceses habían estado ocupados en asegurarse el dominio de su nación, y en vencer la arrogancia de la nobleza. Felipe Augusto había privado á Juan de la mitad de sus estados continentales, y lo hubiese arrojado de todos ellos, al no vivir la madre de éste. Carlos V, llamado el *Sabio* completó la conquista. Pasadas dos generaciones, los reyes ingleses, no solamente recobraron lo perdido, sino que estuvieron muy cerca de ocupar el trono de Francia. De nuevo fueron expulsados, antes que Luis el *Astuto* heredase la corona. El principio fundamental de la monarquía francesa consistía en lo siguiente: asimilar y unir á Francia todo lo que era ó hubiese sido territorio francés.

Una vez proclamado rey Luis, nada hubo más fácil para él, después de prometer y jurar, que faltar á la fe jurada. Algunos curiosos investigadores trataron de averiguar la clase de juramento que empeñaría su conciencia, y creyeron descubrirlo en determinada advocación de la Virgen Maria. No obstante,

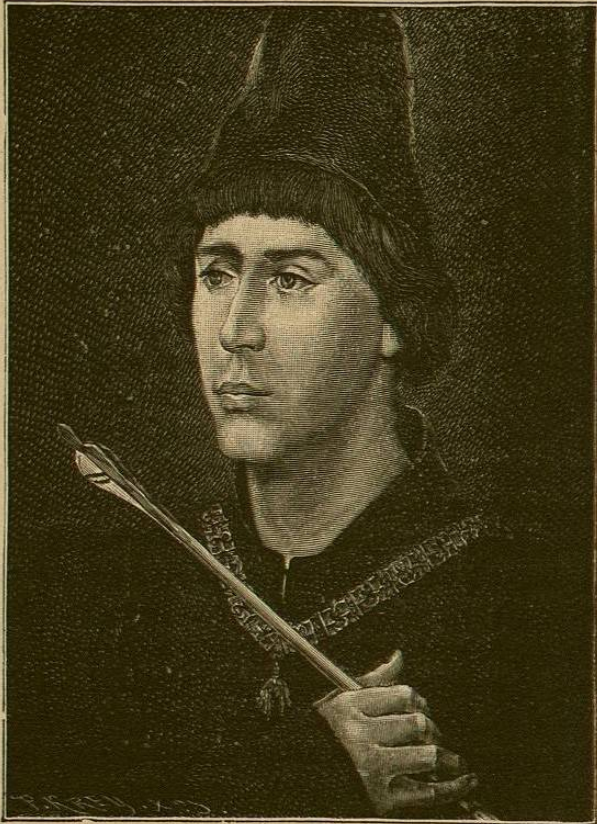
hay muchas dudas sobre el particular. Pero todo bien considerado, ¿qué podía el brutal Carlos de Borgoña, llevado sólo de sus pasiones é inspirándose únicamente en su ambición, contra el astuto, frío y pérfido monarca francés, que no respetaba leyes divinas ni humanas, que presentía los designios de sus rivales, y que si era vencido en el campo de batalla, quedaba luego vencedor en el gabinete, recogiendo el fruto de las victorias alcanzadas sobre sus armas? Los nobles franceses le movieron la guerra del *Bien Público*, y Carlos que se puso al lado de ellos, derrotó á Luis en la batalla de Montlhéry (1465); pero las ventajas de la victoria fueron para el vencido. En 1468, aunque Luis cayó en poder de su enemigo, el prisionero se burló de Carlos. Cuando estaba en Perona, llegaron noticias de la sublevación de Lieja, y fué hecho prisionero. Tuvo que hacer convenios con su enemigo; parecía ser vencido, pero vino por fin victorioso <sup>1</sup>.

La ambición, las guerras y las prodigalidades de Carlos le obligaron á saquear los Países Bajos. Su orgullo, su insolencia y su ferocidad, que ya mostró siendo niño contra Brujas, le impulsaron á la opresión. No consentía la oposición más pequeña á su voluntad. Centralizó el despotismo en Holanda, gobernó por medio de sus diputados é impuso tributos á su albedrío. Trasladó el Tribunal Supremo desde la Haya á Mechlin, para vigilarlo de cerca; y sostuvo su ejército permanente para mermar las libertades patrias.

La desgraciada constitución de los Países Bajos,

<sup>1</sup> La divisa de Luis XI era: *Donde hay provecho hay gloria*; y solía decir frecuentemente: *Cuando el orgullo camina delante, la vergüenza y el daño vienen detrás.*

estaba destinada en todos los tiempos de su historia, á producir la desunión de sus débiles consejeros, y á ser el auxiliar más poderoso, lo mismo de los pro-



CARLOS EL TEMERARIO.

yectos tiránicos de Carlos, que después lo fué de Margarita, de Alba, de Requesens y de Parma.

En su esencia, ya que no en su forma, las ciudades flamencas eran pequeñas repúblicas laboriosas, ricas y exuberantes de población. El único vinculo

de unión, era el amor que tenían á sus privilegios, franquicias y libertades. Flandes carecía de unidad; sus ciudades vivían aisladas, recelosas y temiendo unas de otras. Era tanta y tan invencible su rivalidad comercial, que Gante ó Brujas veían con verdadero placer la ruina de otro centro vecino de industria ó de comercio. Nada, pues, más fácil, á un tirano sagaz y activo, que destruir y acabar las libertades de los Países Bajos, atacando aislada y separadamente las vidas y ciudades; pues los de Gante se cruzarían de brazos, si viesan perderse las franquicias de Brujas, y los de Brujas tampoco harían nada en favor de los privilegios de Gante, dado que los de una ciudad no se felicitasen para sus adentros de la ruina de los de otra.

Demás de esto, los pobladores de los Países Bajos hubieron de sufrir la opresión y desórdenes de una aristocracia, más amiga de traiciones y violencias que de guerra. Afortunadamente tardó largos años en adquirir desarrollo este mal, y sólo en época cercana á la nuestra, como se verá en la narración de la historia de Holanda, el vicio y la felonía de los nobles flamencos fueron el factor principal de los tiempos de Guillermo de Orange y de su hijo. En las luchas tenaces y sangrientas que sostuvieron por su libertad las repúblicas italianas, no fiándose éstas de los nobles, les excluyeron del gobierno. Andando el tiempo, los Florentinos perfeccionaron el sistema, y se libraron de los ciudadanos peligrosos, elevándoles á la clase noble, ó lo que era igual, suprimiéndoles. Conveniente hubiese sido á los Países Bajos hacer lo propio.

Carlos el *Temerario* trató en un principio á sus súbditos flamencos con más benignidad y cordura

que los señores anteriores. Ya se dijo que su padre se había declarado libre de las obligaciones contraídas por sus predecesores, como también de las cláusulas, bajo las cuales tomó posesión de la herencia. Cuando los emisarios de Luis XI movieron á los habitantes de los Países Bajos, á pedir la restauración de sus franquicias, secundando eficazmente los planes de aquel astuto monarca, con el objeto de que el Temerario no se entrometiese en los negocios de Francia, que hartó ocupado se hallaba con los de su propia casa, supo Carlos disimular su odio al pueblo de Gante, y confirmó sus privilegios, así como á Bruselas, Amberes, Brabante, Malinas y otras ciudades.

Esta moderación no fué, sin embargo, duradera. Lieja se rebeló y pronto quedó sometida. Carlos la privó de sus fueros municipales; como también á otras ciudades flamencas. Depuso los magistrados elegidos por aquéllas, y las gravó de impuestos arbitrarios. Estos actos de implacable tiranía sublevaron de nuevo á los de Lieja, precisamente cuando Luis XI, á quien acaso con sobrada justicia se acusaba de haber promovido la rebelión, se hallaba en poder de Carlos, en Peronne, en el mismo lugar donde Carlos el Simple de Francia, había muerto asesinado 560 años antes en una prisión. Temióse durante algún tiempo que Carlos el Temerario, inspirándose en este ejemplo, hiciese lo mismo con Luis. Mejor aconsejado, se dió por satisfecho con humillarlo, haciéndole renunciar á la soberanía de las provincias francesas del ducado de Borgoña y á toda clase de intervención en los asuntos de los Países Bajos. No sólo se sometió Luis á estas condiciones, sino que hubo de apostar su contingente para reducir á los de

Lieja. De aquí que Carlos no halló grandes obstáculos para la realización de sus tiránicos proyectos, y le fué empresa fácil establecer en Holanda el despotismo militar.

Carlos el Temerario rompió entonces con los Suizos. Había nombrado á un Hagembach por su representante en un distrito de Alsacia, muy frecuentado de mercaderes suizos. Aquél despojó á éstos de sus bienes, y Carlos se mostró indiferente á las quejas de los enviados que acudieron en demanda de justicia. Los de la parte de Breisach hicieron prisionero á Hagembach en 1474, le juzgaron y le dieron muerte. Suizos y Borgoñones vinieron á las manos el 13 de Noviembre, cerca de Hericourt, y fueron derrotados los últimos.

Carlos no los atacó en persona hasta principios de 1476, encontrándose ambos ejércitos el 3 de Marzo en Granson, cerca del lago de Neufchatel. Después de luchar seis horas con singular ardimiento, cuando el sol rasgó el velo de la niebla que ocultaba á los combatientes el estrago de la batalla, pudo ver Carlos que sus mejores capitanes habían caído y que un segundo cuerpo de labriegos suizos que, animosos y bizarros venían de refresco, avanzaban sobre él y los suyos. Entonces se apoderó el pánico del ejército borgoñón, arrastrando á su caudillo en la fuga, quien perdió en ella su bagaje y sus tesoros. Es fama que los Suizos vendieron las joyas del vencido, sin sospechar su valor, en una cantidad insignificante, como también las vajillas de oro y plata, creyéndolas de cobre y estaño. Los brillantes del mayor tamaño de la diadema del Temerario fueron á parar á manos del Papa, del emperador de Alemania y del rey de Francia, hallándose al presente incrusta-

dos en la tiara y en las coronas de dichos monarcas.

Los dispersos soldados de Carlos se reunieron en Lausana, de donde pasaron á Morat, cerca de Berna. Aquí hubieron de llegar pronto los Suizos confederados. Dióse otra batalla el 22 de Junio, y Carlos fué vencido segunda vez, retirándose al lago de Ginebra.

Esta victoria, conseguida por gentes que abandonaron los instrumentos de labranza para empuñar las armas y sin más pericia que su denuedo, abrumó á Carlos de dolor y desesperación. Quiso renovar la lucha, y con este objeto comenzó á reclutar fuerzas en los Países Bajos. El 22 de Octubre emprendió por tercera vez las operaciones, poniendo cerco á Nancy. Los Suizos acudieron el día de Navidad, y en el primer combate que tuvo lugar el 5 de Enero, murió el temerario monarca. Dos días después se creyó encontrar su cuerpo bajo un montón de cadáveres y medio sumergido en una charca cenagosa y helada. Sus contemporáneos decían que era el primer hombre de Europa; pero lo único que puede afirmarse es que ningún príncipe de su época acabó sus días de un modo tan bizarro y trágico <sup>1</sup>.

Cuando Luis el Astuto hubo despojado de sus posesiones francesas á la hija de Carlos, pretendió la tutoría y gobernar en nombre de ella los estados de los Países Bajos; pero los Neerlandeses conocían bien al monarca francés, mientras que de Maria esperaban recobrar las libertades perdidas.

<sup>1</sup> Digase lo que se quiera, Carlos, si de carácter enérgico, valiente y emprendedor, su ambición é indómitas pasiones ahogaron en su alma las inclinaciones nobles, haciéndole presuntuoso, arrebatado y tirano.

## V

## MARÍA DE BORGÑA

Cuando muere un tirano á mano airada, el terror que infundió en vida produce la creencia en la imaginación del pueblo de que no ha muerto para siempre, sino que volverá para tomar venganza de los que se hubiesen complacido de su aciaga fatalidad. Y así como en la antigua Roma se creyó por largo tiempo que Nerón no había muerto, en los Países Bajos temieron muchos, durante seis ó siete años, en la resurrección de Carlos el Temerario.

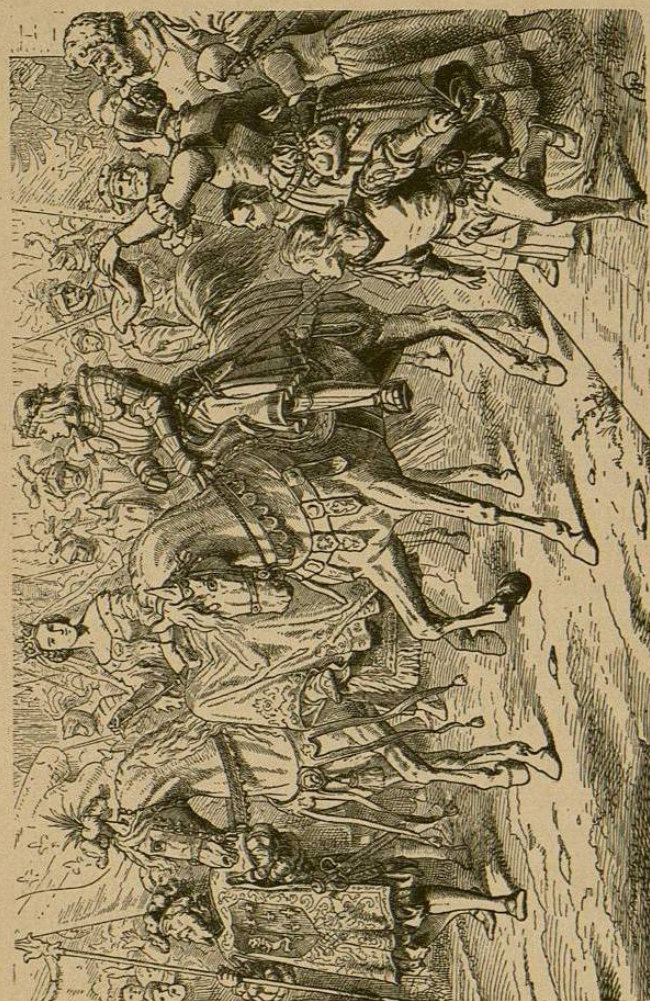
Pero también muchos Neerlandeses estaban convencidos de la realidad de su muerte y pretendieron recabar con ventaja las libertades perdidas. Sabían que el rey francés andaba ocupado en la Borgoña, cuyo país deseaba. Aunque querían ayudar á Maria para que conservase su herencia, cuando en horas de supremo peligro se reunieron los Estados en Gante, y aquélla, no sin falta de razón, les pidió subsidios, hubieron de manifestar que los pueblos estaban empobrecidos por los enormes tributos impuestos contra sus fueros y por las guerras emprendidas sin su consentimiento.

Maria, para desagraciarlos, les concedió el *Gran Privilegio*, la *Magna Carta* de los Países Bajos. Esta

constitución, que más tarde infringió el nieto de María, puso á los Neerlandeses en el caso de empuñar las armas y de combatir por ella medio siglo hasta dejarla sólidamente asegurada. En este documento se prevenía que los destinos y cargos públicos fuesen desempeñados por naturales del país; que el Gran Consejo y el Supremo Tribunal serian restablecidos, constituyendo un tribunal de apelación sin jurisdicción sobre los demás tribunales; que las ciudades y estados tendrían Dietas electorales; que no pudieran establecerse nuevos impuestos, ni declarar guerra alguna sin el consentimiento de los Estados; que en los documentos públicos no se emplease otro idioma que el nacional; que la residencia del gobierno seria en la Haya; que los Estados regularian el curso de la moneda; y que el soberano pediría personalmente los subsidios á los Estados, cuando tuviese necesidad de ellos. Los Estados, además, protegerian á los ciudadanos contra la prisión arbitraria.

La constitución de los Países Bajos, confirmada en todos los Estados, es la más libre y completa de cuantas han conquistado los pueblos. Es de creer que cuando María la otorgó y prometió cumplir, procedió de buena fe. Andando el tiempo mudó de parecer, ora porque se arraigasen en su conciencia las ideas generalizadas entonces entre príncipes y reyes, de que no estaban obligados á decir verdad ni á cumplir la palabra dada, ni á respetar los derechos de sus súbditos si eran incompatibles con la voluntad real; ora porque creyese que su dignidad sufría menoscabo, permitiendo aquello que su padre detestó, lo cierto es que ella, ó sus consejeros, ó los dos á la vez, se agitaron al rededor del rey de Francia, en mengua y daño de aquella institución.

Luis XI creyó preferible aprovechar ocasión tan oportuna para deshacerse de los consejeros de María,



MAXIMILIANO Y MARÍA EN GANTE.  
(Según W. Camphausen.)

y después de decirles que eran traidores á su patria, á sus otros colegas y á su Gran Privilegio, les formó

proceso y murieron en el cadalso. Maria quiso salvarlos. Vestida de luto, con el cabello suelto y lágrimas en los ojos, intercedió por ellos. Todo fué en vano. Los ciudadanos habian estado á punto de perder sus privilegios y se hallaban resueltos á defenderlos, sacrificando en aras de su libertad á los traidores. Algunos se conmovieron ante el dolor y angustia de la duquesa; que es achaque antiguo de la monarquía hereditaria, producir también cortesanos hereditarios. En último resultado, los traidores pagaron su perfidia, y lo hecho por Luis XI tuvo la eficacia de apartar á Maria para siempre de semejantes consejeros.

Con el beneplácito de los Neerlandeses, Maria casó con Maximiliano de Hapsburgo, hijo y sucesor de Federico el *Perezoso*<sup>1</sup>. Maximiliano tenía un imperio en perspectiva; pero grandes necesidades y escasos medios para satisfacerlas. Por esta razón hubo de estar, de cuando en cuando, pensionado y al servicio de la mayor parte de los reyes de Occidente. Todas sus miras se dirigian á buscar dinero, sin reparar en los medios ni en las condiciones. Federico vivió catorce años después del casamiento de Maximiliano con la duquesa de Borgoña, y ésta murió nueve antes que su marido ciñese la corona imperial<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Verificóse el matrimonio en el año 1477, y por él recayeron en la casa de Austria los ducados de Brabante, Limburgo y Luxemburgo; los condados de Flandes, Hainaut, Namur, Artois, Holanda y Zelanda; el marquesado de Amberes y el señorío de Malinas. Felipe, hijo de María y de Maximiliano, y Carlos V, hijo de Felipe y de doña Juana, agregaron la Frisia, Utrecht y Ober-Issel, Gue'dres, y Zutfen, Groninga y Cambray, y por último el Franco-Condado. Véase Cantú, O. c., t. V, p. 262.

<sup>2</sup> Entre Maximiliano y Luis XI hubo una guerra de cinco años, ocupando últimamente el francés el Franco-Condado y renunciando á las restantes provincias borgoñonas.

Felipe sucedió á su madre Maria cuando contaba cuatro años de edad. Maximiliano pretendió la tutoría con la gobernación del país; pero los Flamencos, no fiándose del rey de Romanos, rechazaron la propuesta. No debió agradar la negativa al pretendiente; porque en 1488 intentó sorprender á Brujas, residencia de su hijo. Por su mala suerte cayó prisionero; y no sólo tuvo que someterse á las condiciones impuestas por el vencedor, sino que dejó rehenes en prenda de la obligación contraída. Para desgracia de los Holandeses, otras ciudades amaban más á su joven señor que á la libertad y abandonaron á Brujas en su lucha con el rey de Romanos. Maximiliano pidió un ejército á su padre, y con él fué conquistando las ciudades, revocó el Gran Privilegio y castigó á los Flamencos con impuestos y gabelas, solamente porque habian defendido sus indisputables derechos. Durante su regencia bien se puede asegurar que hizo sentir el peso de su mano á los Neerlandeses.

En 1494, siendo Felipe de diez y siete años, comenzó á gobernar por sí, prestando juramento de guardar solamente los privilegios concedidos por su abuelo y bisabuelo Carlos y Felipe, y negándose á reconocer el Gran Privilegio dado por su madre. Los Estados accedieron á ello. Así las cosas, Frisia, provincia en un extremo de Holanda, no quiso reconocer el anterior contrato, y eligió por su señor al duque de Sajonia. Éste, más tarde, vendió su soberanía á la casa de Hapsburgo. Las disensiones de los Estados eran causa de que éstos estuvieran á merced de familias autocráticas.

Felipe de Borgoña casó, en 1496, con Juana, hija de Fernando é Isabel<sup>1</sup>. Su hijo Carlos, que nació

<sup>1</sup> A tal grado de prosperidad llegaron los Países Bajos, que, cuando

en 1500, y después Carlos V, unió á los estados de su padre, el reino de España, el Imperio de Alemania, el reino de Jerusalén, y por concesión de Alejandro VI, el famoso Rodrigo Borgia, el señorío de todo el Nuevo Mundo. Juana, su madre, de quien heredó tan dilatados dominios, se volvió loca, y así vivió hasta su muerte. No sólo heredó Carlos los estados de sus padres, sino también los de su abuelo. De modo, que no debe causar maravilla que aspirase al dominio universal, y que su hijo Felipe II trabajara siempre para lograrlo.

Las libertades de los Países Bajos comenzaron entonces á peligrar nuevamente y más que nunca. Se hallaban á merced de una dinastía que, habiendo comenzado por dos reinos españoles, alcanzó, durante una generación, gran desarrollo y extraordinaria fuerza. Fernando é Isabel, rey de Aragón el primero, y reina de Castilla la segunda, tuvieron á Juana, que casó con Felipe de Borgoña, y á Catalina, mujer de Enrique VIII de Inglaterra <sup>1</sup>. Aquellos monarcas conquistaron lo poco que los moros tenían en España, y auxiliaron á Colón para el descubrimiento de América. El papa Alejandro VI, de origen español, les concedió por medio de una bula, toda la América al Oeste del Atlántico, y á Portugal la parte situada al

Felipe el Hermoso hizo su entrada en Brujas, su mujer Doña Juana, como celosa de los ricos trajes que lucían las hijas de la ciudad, exclamó: *Yo creía que no había en mis reinos más reina que yo; pero aquí las hay á cientos.*

<sup>1</sup> Fernando é Isabel tuvieron un hijo y cuatro hijas. D. Juan casó con Margarita de Austria, y murió al poco tiempo. Doña Isabel se enlazó primeramente con Alfonso de Portugal, y en segundas nupcias con el rey Manuel. Doña Juana, ya se ha dicho que contrajo matrimonio con Felipe de Borgoña. Doña María, habiendo muerto su hermana Isabel, contrajo matrimonio con el monarca lusitano. Doña Catalina casó con Arturo, príncipe de Gales.

Este <sup>1</sup>. Excusa y justifica la bula de Alejandro, la circunstancia de que Portugal y España iban á la cabeza de los descubrimientos marítimos: los Españoles descubrieron el Nuevo Mundo, y los Portugueses el temible cabo de las *Tormentas*, llamado desde entonces de *Buena Esperanza*. Nadie se opuso tampoco á estas concesiones, ni acertó á prever sus consecuencias, ni intentó rebelarse contra las disposiciones del Pontífice. Todavía Europa respetaba la autoridad del Papa; pero gran parte de aquélla no tardaría en negarle su obediencia.

<sup>1</sup> Navarrete, *Colección de viajes*, t. II. *Colección Diplomát.*, núms. 47 y 48. Oviedo dice también haber visto una copia autorizada de la bula. Comienza: *Intercætera...*, y concluye: *D. Romæ apud S. Petrum, V. Non Maji a. D. 1483.*